



PORTADA MERIDIONAL DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

## CAPÍTULO II

### Invasión en España.

Mientras hervían las córtés de Madrid y Versailles en semejantes intrigas, no se habían descuidado ciertamente los imperiales. Unióse á la triple alianza el duque de Saboya, suegro de Felipe V, excitado á ello por la promesa que le hicieron del Monferrato, por los disturbios que se habían promovido entre su yerno y él cuando la última entrevista, y sobre todo por el carácter de inestabilidad y defección inherente y necesario á todos esos pequeños potentados de Italia, de quienes decía Federico II que les obligaba á ser pérfidos la geografía. Suscribió también á la liga contra los Borbones el rey de Portugal, incitado á su vez por los consejos del almirante de Castilla y por las ofertas que le hicieron los contratantes de la triple alianza, de ensanchar considerablemente sus posesiones aquende y allende el Atlántico. Preparábase, pues, para España una época de luchas terribles, que harían vacilar el establecimiento de la nueva dinastía.

La campaña de 1703 fué propicia á los franceses, á pesar de la defección del de Saboya. En Flandes no consiguió Marlborough con todas sus fuerzas y su pericia más que la toma de algunas plazas de poca cuenta; el marqués de Bedmar defendió á Amberes contra el general austriaco Obden, causándole una pérdida

de seis mil hombres, y el mariscal de Villero tomó á Tongres, y sucesivamente derrotó en Ekssen al mismo Obden; Vendôme tomó á Asti en el Piamonte; Tallard tomó á Brisac y á Landau, y derrotó al príncipe de Hesse-Cassel, y Villars: despues de haberse enseñoreado de Kell, se unió con el elector de Baviera, que había conquistado el Tirol, y consiguió en Hochstett una señalada victoria sobre el célebre general enemigo Staremberg. Tal fué en resumen la historia de la guerra durante aquel año.

En el siguiente se presentó más grave la situación para nosotros, teniéndolos que ocupar en la defensa de nuestro propio territorio en lugar de ir á combatir en los ajenos. El archiduque Carlos, ya reconocido rey de España por las potencias coligadas contra la casa de Borbon, entró solemnemente en Lisboa, conduciendo allí á bordo de una escuadra inglesa que mandaba el almirante Sir Jorge Roock, y acompañado de ocho mil ingleses y seis mil holandeses. Desde allí se dirigió á los españoles, exponiéndoles los derechos que le asistían para reinar sobre ellos, y reclamando su ayuda para destruir la usurpacion de Felipe V. El rey de Portugal nos declaró asimismo la guerra. El gobierno español correspondió á este



doble reto haciendo formidables aprestos: fortificáronse las plazas fronterizas: organizáronse tropas; trajéronse de los Países-Bajos, hicieron venir de Francia, y confiése el mando supremo del ejército al duque de Berwick. Preparóse una entrada por las tierras de Portugal, del mismo modo que el archiduque preparaba á su vez una entrada por las tierras de España, porque en países limítrofes y que carecen de fronteras naturales no puede haber lucha que no degeneren en invasión.

Después de sendas cavilaciones y consultas entre los coligados sobre el punto que se había de atacar, decidióse á propuesta del príncipe de Darmstadt que se efectuaría un desembarco en Cataluña, donde tenía el príncipe sus inteligencias, y contaba con que una gran parte de los naturales abrazaría el partido del archiduque. En consecuencia de esto, partió de Lisboa y aportó á aquellas costas la escuadra de Rook, llevando á su bordo al príncipe y á una fuerza de cuatro mil hombres; pero engañóse en sus cálculos Darmstadt, porque los catalanes no acudieron al llamamiento, bien fuese en vista de la poca gente que se les traía, por temor de comprometerse en una lid tan incipiente y dudosa; de modo que la escuadra inglesa tuvo que levar anclas, y el virey don Francisco de Velasco sofocó diestramente y á poca costa la ya desalentada conjuración. En cambio de esto, Rook á su vuelta se apoderó de Gibraltar, plaza á la sazón desprovista de todo medio de defensa, obligando á capitular á su gobernador D. Diego de Salinas, tomando posesión de la ciudad en nombre de la reina de Inglaterra y quedando allí para guarnecerla el príncipe de Darmstadt con dos mil soldados. Así fué como cayó en poder de los ingleses aquella importante ciudad, llave del Estrecho, que aún se mantiene ajena á la dominación española: dos días no más duró su resistencia, y en verdad que no permitía mayor término el mal estado de la fortificación, la escasez de los defensores, la desventaja de la sorpresa y la ninguna esperanza de socorros. Lo mismo intentó hacer el almirante inglés con Ceuta, aunque esta vez en vano, gracias al denuedo con que la defendió

su gobernador el marqués de Gironella. El conde de Tolosa, jefe de la escuadra que había armado Luis XIV, viniendo á destruir la escuadra de Rook, y á reconquistar, si le era dable, á Gibraltar, se encontró con aquella el día 24 de Agosto en las aguas de Málaga, y después de haber sostenido ambas escuadras un largo cañoneo que sólo interrumpieron las tinieblas, separáronse sin más daño, quedando los ingleses dueños de aquellas aguas, y unos y otros con honor y con pretensiones de la victoria.

Entretanto los españoles, dividida su tropa en tres ejércitos, se armaron á la raya de Portugal, asistiendo el mismo rey en la división del centro, á cuyo frente marchaba el duque de Berwick, maniobrando las otras dos divisiones bajo su dirección y á las órdenes inmediatas de los generales Tilly y el marqués de las Minas. Reinaban en el ejército contrario la mayor confusión y desconcierto: tenía bajo su mando Schombreg, muy apto para el caso; pero sobre estar los portugueses descontentos de la superioridad inglesa, faltos de instrucción militar y disciplina, y enervados por la poca costumbre de la guerra, hallábanse en pésimo estado las fortificaciones de aquel país, y entorpecida por todas partes la marcha y manutención de las tropas. Así fué que los nuestros tomaron resueltamente la ofensiva, y penetrando en el vecino reino, el duque de Berwick se apoderó casi sin resistencia de Salvatierra, Penha-Garcia, Segura, Rosmerinhos, Montesanto y Castelo-Branco, en cuya plaza, después de la toma, hubo un choque entre los vencedores, disputando españoles y franceses sobre la repartición del botín, y habiendo corrido riesgo en esta disputa la persona del rey. Siguió Berwick su marcha hasta Abrantes, pero no se pudo efectuar la proyectada reunión de las divisiones, por haber detenido á Tilly los ingleses, con cuyo motivo los portugueses cobraron ánimo, reconquistaron á Montesanto y Castelo-Branco, cortaron las comunicaciones del ejército franco-español, y obligaron al duque de Berwick á marchar hacia el Norte, apoderándose de Castel-Vida, después de haber pretendido en vano poner al enemigo en trance de batalla. Siguió á estas operaciones un descanso



de algunas semanas, motivado por los ardores de la canícula, durante el cual volvió Felipe V á Madrid: al espirar este intervalo, habiendo recibido los aliados un refuerzo de cuatro mil ingleses, Galloway, sucesor de Schombreg, tentó la ofensiva, y amagó sobre la frontera española, tomando á Valencia de Alcántara, y prosiguiendo con ánimo de llegar hasta Madrid en compañía del monarca portugués y del archiduque; pero Berwick los detuvo hábilmente en las orillas del Agueda, y aseguró nuestros límites contra su agresión. Con esto terminó aquella campaña, estéril para unos y otros en resultados, pero muy fecunda en esperanzas fallidas.

Diverso giro llevaban las hostilidades por el lado de los Países-Bajos y de Alemania. Allí sufrió Namur un inútil bombardeo, y en Italia perdió el duque de Saboya las plazas de Vercelli, Ivrea y Susa. En Alemania, donde Luis XIV confiaba en la insurrección que había promovido contra el Austria, y en las formidables huestes que allí tenía á las órdenes de Tallard, fué donde recibió los más duros golpes.

Con la ayuda de sus aliados, reprimió el emperador á los rebeldes, y Marlborough, reunido con el margrave de Baden, derrotó en Schellenberg á sus contrarios, entró y se posesionó de Baviera, haciendo grande estrago en todo aquel distrito, é incorporado con las huestes que mandaba el príncipe Eugenio, reportó sobre el general Tallard la considerable victoria de Blenheim. Acaeció esta acción el día 13 de Agosto de 1704, y fué inmensa la pérdida que sufrieron los franceses, quedando entre otros muchos prisionero su general. Quedaron postrados los bríos de la Francia, y el espíritu público vuelto por todas partes contra la casa de Borbon; que es comun apartar el afecto del que desampara la fortuna.

Felipe V, sin desmayar por este revés, tenía fija la mente en el recobro de Gibraltar. En Octubre de 1704 había enviado allá por tierra al marqués de Villadarias, á quien ayudó algo por la parte del mar el barón de Pointis. Pero éste se retiró en breve, y Villadarias no pudo hacer nada de provecho. Al año siguiente se encargó que estableciese el sitio al mariscal Tessé, que

había venido de Francia en reemplazo de Berwick, y á quien debía ayudar igualmente Pointis con una armada francesa. Tessé emprendió, pues, el sitio, quejándose del mal estado de los pertrechos y trabajos y de la tardanza de Pointis; pero cuando éste se presentó con trece navíos de guerra, cayó sobre él una escuadra inglesa muy superior á la suya, que lo estaba esperando, y la deshizo completamente apresando tres de sus buques y poniéndole en el caso de incendiar otros dos y salvarse con mucho trabajo. En vista de esto se levantó el sitio el día 24 de Abril, y Tessé marchó hacia Portugal, donde tampoco le fué favorable la fortuna: perdió á Salvatierra, Alburquerque y Valencia de Alcántara, y sólo á duras penas pudo conservar á Alcántara y Badajoz.

Amontonábanse desastres sobre desastres. Murió el almirante de Castilla, y quedó su émulo el príncipe de Darmstadt más desembarazado y libre en su odio contra los Borbones; siendo entonces caso adverso para éstos lo que poco antes hubiera podido ser favorable. Fué descubierta la intriga del ministro portugués duque de Cadaval, que estaba en secreta correspondencia con Luis XIV, y cayó, por lo tanto, en desgracia, faltándonos así aquel oculto é influyente auxiliar. El mismo rey de Portugal, reducido á un estado miserable de su entendimiento de resultados de sus ataques de apoplejía, fué declarado incapaz de reinar y elevada á la regencia la reina viuda, la cual, animosa y partidaria de la causa imperial, dió calor á aquellos rencores, colocó al frente de los negocios gentes muy adictas á la triple alianza, y empezó á tomar disposiciones para renovar la guerra con mayor energía, recibiendo para ello un refuerzo de quince mil hombres. Seis mil de éstos, llevando á su frente al archiduque, y conducidos en una escuadra á las órdenes de Petersborough, salieron con dirección á Italia para socorrer al duque de Saboya; pero al llegar á Gibraltar, se les reunió el príncipe de Darmstadt, quien volviendo á insistir en su proyecto favorito, persuadió al archiduque á que dirigiese estas fuerzas sobre las costas orientales de España, seguro de encontrar allí la más favorable acogida. Inclínose el archiduque á las ra-



zones del príncipe, sin que valiera la oposición de Petesborough: por esta causa torció la escuadra su primitivo rumbo, y fué á encender en las costas de Cataluña y Valencia la hoguera de la guerra civil de que fueron aquellas provincias malhadado teatro.

El ceño con que la fortuna miraba á su monarca, y el despecho por verse reducido á ser juguete de la ambición extranjera, habían influido en el ánimo de gran parte los españoles, concitándolos al descontento, y aún á la rebelión contra Felipe V.

Montellano, según queda ya referido, fué el primero que indicó esta mudanza, rebelándose contra la misma princesa de Ursinos, á quien antes se mostraba tan sumiso, y abogando en pró de la emancipación española. Descubriéronse una porción de conspiraciones, reales unas, otras imaginarias, y Luis XIV, para conservar su contrarrestado dominio, recurrió á cuantos medios pueden caber en la mente de un ambicioso. El conde de Cifuentes, preso por causas de esta naturaleza, se evadió de la prisión á favor de un disfraz, y recorrió en són de agitador varias provincias de España. El conde de Leganés, grande de España, comandante general de la caballería, y personaje de mucha importancia, de quien hacia tiempo que se sospechaba ser adicto á los intereses del partido imperial, fué preso también en este tiempo por

habérsele acusado, aún no se sabe si con verdad ó sin ella, de fautor de una vasta conspiración, cuyo objeto principal era apoderarse de las personas del rey y de la reina, cuando el día del Corpus volviesen de la procesion al palacio del Buen Retiro, y ponerlos en Lisboa á disposición del archiduque. Denunciada esta conspiración por el embajador Amelot, y muy cargada de exageración la denuncia, aunque algo de verdad hubiera en ella, según lo hacían creer los antecedentes políticos del personaje acusado, fué el conde de Fuentes, sin atender á más pruebas ni guardar legalidad en las formas ni respeto á la elevación de su jerarquía, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y luego deportado á Francia, donde poco después concluyó su vida. Este suceso desplazó mucho á la grandeza española, que sentía ultrajada su majestad colectiva por el poco decoro y arbitraria violencia con que se había procedido al encarcelamiento y deportación de uno de sus miembros de más nota. La corona de Felipe V empezaba á ser mirada con malos ojos por muchos, y sólo un peligro muy inminente pudiera reanimar el cariño con que no había mucho tiempo miraban los españoles á su rey, cariño que habían ido trocando en desden y en hastío las mezquinas intrigas de los naturales y la insolente jactancia de los extranjeros.

### CAPÍTULO III

#### Guerra civil.

Siguiendo el consejo de Darmstadt, el archiduque se dirigió con las naves de Petersborough á las costas del Este de la península, y llegado á las cercanías de Valencia, y héchose reconocer con sus pretensiones, fué acogido favorablemente por los habitantes de aquella tierra, gente descontentadiza y no muy bien avenida con los Borbones. Proclamado rey de España en Denia, y aceptado como tal en todos los contornos, cobró ánimo, y volvió las proas hacia Cataluña, desembarcando en Palamós y emprendiendo el sitio de la capital del Principado, sin que le arredrara el reducido número de sus tropas. Estaba el espíritu de los catalanes inclinado en pró del archiduque, y ciertamente era la provincia que ménos razón tenía para ello, por ser la que sufría más ligero gravámen, y la que más privilegios y favores había obtenido de la corona. Cosa singular es, si bien se considera, que los mismos que en el siglo anterior se habían sometido al yugo de los Borbones por evitar la dominación de la raza austriaca, ahora lidiasen por un príncipe de esta raza esquivando la autoridad de los Borbones. Pero, pese á sus intentos de rebeldía, conteníanlos ahora la fuerza de la guarnición castellana y la severidad del virey Velasco, que

hizo ajusticiar al gobernador de la fortaleza de Monjuich, por haber sorprendido sus tratos con la gente del archiduque. En vista del poco resultado que habían conseguido con su presencia, empezó á manifestarse tímido disgusto en el campo de los aliados, y ya trataban de retirarse á Italia, según habían dispuesto de antemano, sin que fueran parte á contenerlos las súplicas y protestas del príncipe de Darmstadt, cuando Petersborough se apoderó por sorpresa del castillo de Monjuich, ayudándole á ello la explosión de un almacén de pólvora de resultados del estallido de una bomba, y sucumbiendo el príncipe de Darmstadt en el ataque.

Este logro decidió la guerra civil; ofreciéronse por do quiera voluntarios al archiduque; adhiriéndose á él Figueras, Lérida y Tortosa; Velasco, á pesar de su generosa decisión, hubo de entregar á Barcelona, compelido á ello por la flaqueza de sus tropas y rebelde ademan de sus gobernados, y rendida por capitulación la plaza el 9 de Octubre de 1705, salió de allí despedido por el populacho con dicerios é insultos. Siguiéron Tarragona y Rosas el ejemplo de la capital, y en breve el archiduque era reconocido como rey de España en toda Cataluña. No se quedaron atrás en este movimiento